

La cruz en la vida

Vigésimosegundo domingo del Tiempo Ordinario
3 de septiembre de 1978

Jeremías 20, 7-9
Romanos 12, 1-2
Mateo 16, 21-27

Nos hemos reunidos este domingo, como todos los domingos, queridos hermanos, a dar una expresión de que somos el pueblo de Dios. Y las lecturas iluminan este caminar como pueblo de Dios en medio del mundo. Quiero agregar, a las lecturas bíblicas, este pasaje del Concilio Vaticano II, en que describe así el caminar del pueblo de Dios: “Caminando, pues, la Iglesia, en medio de tentaciones y tribulaciones, se ve confortada con el poder de la gracia de Dios, que le ha sido prometida para que no desfallezca de la fidelidad perfecta por la debilidad de la carne, antes, al contrario, persevere como esposa digna de su Señor y, bajo la acción del Espíritu Santo, no cese de renovarse hasta que por la cruz llegue a aquella luz que no conoce ocaso”.

LG 9

Hay dentro de la misma Iglesia debilidades de la carne y hay fuera de la Iglesia un conjunto de tribulaciones y de persecuciones. Todo eso constituye la cruz de la Iglesia. Y en este domingo, vamos a iluminar con esa palabra de Dios que nos habla de la cruz y, al final de nuestras reflexiones, iluminando las realidades que nos circundan o las intimidaciones de nuestra Iglesia, vamos a pedirle al Señor lo que acaba de decirnos el Concilio: que a pesar de las debilidades de su propia carne y a pesar de las tribulaciones y persecuciones, de la maldad, de la indiferencia que nos rodea, seamos el pueblo de Dios fiel a su Señor hasta que,

por la cruz, lleguemos a la luz. Guárdense esa frase, que es como la síntesis de todo lo que les quiero decir: la cruz en la vida. Este podía ser el título de mi pobre palabra esta mañana: *La cruz en la vida*. Y como de costumbre, descompongo este título en estas tres ideas: primera, la cruz provoca las crisis de la vida; segundo, solo la cruz da sentido a la vida; y tercero, sin la cruz la vida es un fracaso.

La cruz provoca las crisis de la vida

Pero antes, ¿qué significa en el Evangelio de hoy la cruz? Porque no quiero que tengamos de nuestra religión una idea de conformismo: “Tengamos paciencia, aguantemos, ya vendrá la vida eterna”. Esto es lo que nuestros enemigos llaman “opio adormecedor del pueblo”, y la Iglesia no es opio. La Iglesia es estímulo. La Iglesia provoca a que vivamos esa santa agresividad que Dios ha dado a todo hombre; pero —como digo en la carta pastoral¹— una agresividad que ha de saberse orientar bien, por Cristo, no a destruir, sino a construir. La cruz, pues, no es una paciencia sin valentía, no es un pasivismo, no es una conformidad sin esfuerzo.

Mt 16, 24

Cuando San Mateo ha descrito la palabra en los labios de Cristo: “El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”, ha querido recoger los ecos ya de las primeras persecuciones. Ya el Evangelio se escribió algunos años después de que Cristo lo predicó. Era el fruto de las reflexiones de la comunidad. Y esa comunidad podía mencionar, como en las reflexiones de nuestras comunidades de la arquidiócesis, las persecuciones, los mártires; y de allí sacaba, pues, toda la comprensión de la palabra de la cruz: una valentía que da su cara por Cristo, una defensa de la justicia del Evangelio, un trabajar por la construcción de un mundo mejor. Y vaya si lo lograron. Allá está, en Roma, sobre las columnas paganas, la cruz de Cristo, como para significar el triunfo, la victoria de la fe. A la base hay mucha sangre de mártires, pero los cristianos pudieron decir que la sangre de mártires era semilla del rejuvenecimiento de la sociedad. Un nuevo mundo surge de las batallas de la cruz.

¹ Cfr. Conclusión de *La Iglesia y las organizaciones políticas populares* (6 de agosto de 1978).

Y también, el signo de la cruz en la palabra de hoy, sobre todo a la luz de la segunda lectura, significa el cumplimiento de la voluntad de Dios. Grabémonos bien esto, hermanos: la cruz es el cumplimiento de la voluntad de Dios. Y no atribuyamos a la voluntad de Dios el fruto de nuestra pereza. No hagamos a Dios culpable de las desigualdades injustas. No hagamos a Dios culpable del subdesarrollo de los hombres. Dios no quiere eso. Por eso, cuando Pablo VI modificaba el sentido de la penitencia en el pueblo cristiano, dijo que había distintas maneras de entender el sentido penitencial de la vida cristiana. De un modo se ayuna en aquellos países desarrollados, donde se come bien, y de otra manera se ayuna en los países subdesarrollados, donde casi siempre se vive ayunando. La penitencia en este caso, decía, es poner austeridad donde hay mucho bienestar; y poner valor y la solidaridad con los que sufren, y trabajar por un mundo más justo, allí donde se vive casi siempre ayunando. Esto es penitencia, esto es voluntad de Dios.

Pae 28

Y son palabras, pues, que estoy respaldando con las frases de San Pablo, con los documentos de la Iglesia que interpretan para el mundo de hoy el sentido de la cruz, contra un falso sentido que no es la cruz de Cristo. Como dijo Pío XI, cuando en Roma se enarbolaba la cruz de Hitler: “Se ha enarbolado en Roma una cruz que no es la cruz de Cristo”. Y por eso, aquel Papa valiente se retiró de Roma y dijeron, en el mundo diplomático, que había sido un bofetón al más grande de aquel momento, a Hitler². Porque la cruz del Señor es distinta de las cruces que los hombres quieren enarbolar; porque la cruz del Señor es distinta de las cruces con que quisieran adormecer. Siendo así, pues, que San Pablo y el mismo Cristo nos dice que no es digno de Cristo el que no toma su cruz y la sigue, es —como yo digo en mi primer pensamiento de hoy— que la cruz provoca las crisis más profundas de la vida.

Y tomemos como ejemplo la vida modelo, la de Cristo. El Evangelio de San Mateo nos coloca en un momento crucial de la

² Cuando Hitler viajó a Roma, del 3 al 9 de mayo de 1937, el papa Pío XI se retiró a Castelgandolfo; y allí, el 4 de mayo, en una audiencia a recién casados, dijo: “Ocurren cosas muy tristes y entre estas la que no se estime inoportuno izar en Roma, el día de la Santa Cruz, una cruz que no es la de Cristo”. Cfr. A. Fliche y V. Martin (coord.), *Historia de la Iglesia*, Vol. XXVI (2), Valencia, 1980, pp. 434-435.

misión de nuestro Señor Jesucristo. Está con sus discípulos, apartado de la incompreensión y ha arrancado, allá en Cesarea de Filipo, la primera confesión de su mesianismo a los apóstoles, que han de predicarlo por todo el mundo. Está satisfecho el Señor, siente que su siembra de fe en el corazón de los apóstoles está fructificando, está madurando la fe. Ya es hora, pues, de hacer el primer anuncio que traslada el mesianismo glorioso del Hijo de Dios vivo a la otra cara del mesianismo: el siervo que sufre, el siervo de Yahveh. Y es entonces cuando anuncia por primera vez: el Hijo del hombre va a subir a Jerusalén, y los sumos sacerdotes y los dirigentes del pueblo van a orientar al pueblo para acusarlo, para calumniarlo y para llevarlo por fin a la cruz y morir; pero al tercer día resucitará.

Mt 16, 21

Por primera vez, brota de los labios divinos del Señor el misterio pascual que será Él mismo. El misterio pascual que nos va a reunir todos los domingos. Porque a eso venimos, a recoger todos los domingos la palabra del Señor: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección”. De esto vive el pueblo de Dios. Y Cristo, por primera vez, abre el misterio, no solo de su resurrección, que es muy fácil seguir al Cristo glorioso, al Mesías Hijo de Dios vivo, al que ha de venir en las nubes del cielo a juzgar a todos los hombres, sino que lo más difícil es el anuncio de que ese mesianismo tiene también, como la medalla, otra cara muy distinta, dolorosa, humillante. Cristo sufre aquí la crisis de la tentación. Uno de los suyos, precisamente el que acaba de confesarlo Hijo de Dios vivo, le va a servir de escándalo, de estorbo y le dice: “Aparte de ti, Señor; no puede ser, no vayas a Jerusalén, no te tiene que suceder eso”. Y oyeron en el Evangelio la respuesta dura de Cristo resolviendo su crisis, su tentación: “Apártate, Satanás, porque me sirves de estorbo; tú piensas como los hombres y no piensas como Dios”.

Mc 13, 26

Mt 16, 22

Mt 16, 23

La cruz provoca en el mismo Cristo la defensa de su misión, que es cruz y sacrificio. Qué fácil era seguir como Pedro, huir como andan huyendo hoy muchos cristianos. Es más fácil esconderse. “No hay que crear conflictos; prudencia, hay que ser más prudentes”. Pero Cristo no fue de ese parecer y, a quien le aconsejó no meterse en el peligro, lo llamó Satanás, lo llamó escándalo. Escándalo, palabra de origen griego que significa “estorbo”; la piedra que se pone para estorbar en el camino. Eso es crisis de la vida. Como la crisis del caminante que va y se en-

cuentra un obstáculo en su camino: la tentación de volverse o la tentación, el valor, de superar el obstáculo.

La cruz siempre es escándalo, la cruz siempre provoca crisis. Si no, veamos cómo Pedro también está sufriendo una crisis en su fe. Le acaba de decir Cristo: “Bienaventurado, Simón; me has confesado Hijo de Dios, eso no lo has aprendido de la carne y de la sangre, te lo ha revelado mi Padre que está en los cielos y yo te prometo que tú serás mi representante”. Lo que este domingo es Juan Pablo I en Roma, era Pedro en aquel momento del Evangelio que estamos reflexionando: el representante de Cristo. Y en esa hora solemne, cuando recibía esa promesa, diríamos, cuando, como un domingo como este, va a ser coronado Papa, siente la tentación de la fe. Hermanos, no estamos seguros, todos tenemos momentos terribles de crisis, y hasta el Papa. Por eso, no nos extrañemos de estas crisis de la fe. Pedro tuvo miedo, quiso aconsejar según los hombres y no según Dios. Hizo presión a Cristo. ¡Qué terribles son las presiones cuando nos quieren apartar de lo que Dios quiere, para que hagamos como los hombres quieren!

Mt 16, 17

Pero el ejemplo, para mí, más conmovedor en esta mañana, es el de la primera lectura: el profeta Jeremías. Yo no encuentro en la Biblia unas frases que expresen más al vivo la crisis de un hombre en sus relaciones con Dios. “Me sedujiste —le dice al Señor—, me has engañado, me has dicho que me mandabas a arrancar, a destruir, pero también a construir, a plantar, a edificar; y de mi boca de profeta, donde quiere salir solo lo que tú dices, no sale más que violencia, guerra, destrucción”. Imaginen, hermanos, el temperamento de Jeremías, un profeta dulce, un profeta más inclinado al amor, un profeta de delicadezas espirituales que representa precisamente, en el Viejo Testamento, la figura dulcísima de Cristo; pues este profeta de amor, de dulzura, de ternura, de bondad, es escogido por Dios para anunciar a un pueblo pecador, la destrucción, la amenaza de Dios si no se convierte. ¡Y le duele! “Cuántas veces —dice— quise callar la voz de Dios en mí, y la palabra de Dios era, en mis huesos, como fuego que devora y me obligaba a hablar”. Esta es la crisis del profeta: no quisiera decir lo que dice, pero Dios le manda a decir.

Jr 20, 7-8

Jr 1, 10

Jr 20, 9

Para que vean que la cruz no es conformismo. Es exigirle al hombre muchas veces hasta contra su temperamento, contra su

Mt 16, 24-25

modo de ser; es lo que le está pidiendo Cristo a Pedro: que no se acomode, que no se instale, que van a subir a Jerusalén a sufrir; es lo que llora el profeta Jeremías, es lo que siente en esa misión durísima; y es lo que, en este primer pensamiento, yo quisiera decir a mis queridos cristianos, cuando Cristo nos dice, ya no a Pedro ni a Jeremías ni a los escogidos de la Biblia, sino a todos nosotros, el pueblo de Dios —esta página del Evangelio describe las condiciones del seguidor de Jesús—: “El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, cargue su cruz; tiene que perder su vida por mí”. Son palabras que provocan crisis.

Yo soy testigo, hermanos, de cuántos hombres y mujeres están en esta crisis en este momento. Y me duele cuando son gente que ha sido muy generosa, muy valiente, y ahora se está acobardando. Pero me da gusto cuando siento que esta crisis está sirviendo para muchos, como cuando la crisis de la enfermedad. La crisis de la enfermedad, dicen los médicos, es aquel momento en que el enfermo o va a caminar hacia la muerte o va a caminar hacia la salud; pues, a muchos esta crisis les está sirviendo para salir a la salud; mientras, para muchos es crisis de muerte.

Es el Evangelio. Es la cruz. Queridos hermanos, yo les invito a que no vivamos un cristianismo sin cruz. Yo les invito a confrontar, pero con valor, la vida de cada uno con la cruz que me provoca. Y si de veras... Como dice aquel poema del *Cristo roto*³, cada noche arrodíllate ante el Crucificado y besa su planta, no con un beso romántico, superficial; con un beso de convicción, para decirle que estás dispuesto a amarlo aunque sea muriendo como Él, crucificado; que quieres besar su pie, cuando ese Cristo que besas representa tal vez a tu peor enemigo y tienes que perdonarlo. Es difícil. Provoquemos estas crisis para que resurjamos a un cristianismo auténtico.

Mt 16, 24

Ustedes saben cómo los plateros prueban la autenticidad de la plata o del oro. Hay una piedra de toque, tocan contra la piedra a ver si suena y calculan sus kilates. La cruz es nuestra piedra de toque. Golpeemos en la cruz nuestra vida y miremos cómo suena. Suena a cobardía, suena a miedo, suena a pensamiento de los hombres y no de Dios. La cruz es la auténtica prueba del hombre que quiere seguir a Cristo; por eso el Señor dice: “El que quiera venir en pos de mí, tome su cruz”.

³ “Mi Cristo roto” es un relato del sacerdote jesuita Ramón Cué.

Solo la cruz da sentido a la vida

Pero, hermanos, en segundo lugar, la cruz es la que le da sentido a la vida. El cristianismo no es un masoquismo. Esa filosofía de sufrir por sufrir, ese estoicismo de los griegos de sufrir por sufrir. ¡No! Dios no nos ha hecho para el sufrimiento. Dios ha querido hacernos para la felicidad. Pero así como la mamá que ama a su hijo, y necesita el hijo una operación, y sabe lo doloroso que es el bisturí en el cuerpecito de su hijo, pero para su bien lo somete, “corte —le dice al médico— haga lo que le parezca”; y la mamá se retuerce en el dolor, pero su hijo se salva, porque es necesario el bisturí.

También, hermanos, dice Cristo en el anuncio de su pasión: “Y al tercer día resucitará”. ¡Qué promesa más bella sobre el Calvario y sobre la cruz! Resucitar es el destino del hombre. Pero, como perteneciente a una raza pecadora que ha ofendido a Dios, necesita, para llegar a la resurrección, pasar por el crisol de la cruz y del sufrimiento. Y si con Cristo padecemos la cruz, dice San Pablo, con Cristo resucitaremos.

Mt 16, 21

Rm 6, 8

Cargar la cruz significa estas condiciones: seguir a Jesús, salvar la vida y es la recompensa de la gloria. Hay una frase paradójica en el Evangelio de hoy: “El que quiera salvar su vida, la perderá; y el que la pierda por mí, la salvará”. ¿Qué quiere decir este juego de palabras? Más que juego de palabras, la filosofía del cristianismo. Aquel que quiere estar bien, aquel que rehuye los sufrimientos de la vida, aquel que quiere salvar la vida del más acá la perderá para el más allá y aun más acá. Ya en la historia presente, nadie es tan feliz como el que le puede decir a Cristo su lealtad, su entrega, su generosidad. Nadie es tan libre, nadie ha encontrado su vida tan plenamente, como el que no tiene miedo de perderla por Cristo. El que tiene miedo de perderla no es libre, es miedoso, se condiciona: “¡Ah, tengo este problema!”. “¡Ah, tengo esta circunstancia!”. Y aquí la crisis se revuelve en negación a la cruz; pero solo la cruz le da sentido a la vida.

Mt 16, 25

Yo quiero fijarme especialmente en el sentido divino que San Pablo menciona hoy en su carta a los romanos, cuando dice que la vida del cristiano, el cuerpo del cristiano, tiene que exhibirse a Dios “como hostia viva, agradable a Dios”. Miren que aquí la Biblia le está dando a nuestro cuerpo, a nuestra vida un sentido de hostia, un sentido de holocausto, un sentido divino

Rm 12, 1

que tiene todo hombre, hasta el más humilde. Y yo quisiera que esta palabra ahora me la escucharan todos los que la están oyendo, allá también por la radio, cualquiera que sea la circunstancia en que se encuentre: tal vez es un enfermo desesperado en su dolor; tal vez un pobre que no ha encontrado trabajo y no tiene ni qué comer; tal vez alguien que trabaja y trabaja y no le produce; tal vez otro que tiene demasiado, que tiene demasiadas comodidades y es egoísta. No sé quiénes me escuchan. Sólo agradezco la atención admirable que esta catedral llena me está dispensando. Y yo les digo a ustedes, queridos hermanos en la fe, que si todo eso —el sufrimiento, la pobreza, el trabajo, el deber cualquiera que sea— lo ofrecemos a Dios, para agradar a Dios, para hacer su voluntad, estamos siendo hostias agradables, víctimas de suavísimo olor en el altar del Padre.

Cuando encontramos un momento de la historia de la Iglesia de muerte y vida de un pontífice, quiero recordar unas palabras inmortales de Juan XXIII. Cuando el médico le dijo que su enfermedad era grave y que tenía que acostarse, aquel anciano dijo: “También la cama es un altar y necesita una víctima para ofrecerse a Dios. He aquí que yo soy ahora esa víctima del altar de la cama”⁴. ¡Y cómo murió Juan XXIII! Casi a la vista de todo el mundo. Yo no he visto una muerte más pública que aquella que iba diciendo, minuto a minuto, la vida que se iba apagando, la hostia que se estaba consumando. En el último momento, qué hermoso es un cuerpo, aunque sea obeso y feo como el de Juan XXIII, pero convertido en hostia agradable por el espíritu bellísimo que encerraba aquel cuerpo, por la ideología cristiana que le había dado a toda su vida. No hay cuerpo despreciable para el Señor.

Mt 16, 23

Lamentablemente, aquí también, como Cristo, podemos decir a muchos hombres cuando miran el cuerpo de los hombres y de las mujeres: tú piensas según los hombres y no según Dios, tú miras con miradas de concupiscencia viciosa y no con ojos de elevación. Pero si miráramos todos los cuerpos, desde el más hermoso hasta el más harapiento, hasta el más repugnante, diríamos esto de San Pablo: todo cuerpo es hostia cuando vive ofrendándole a Dios sus energías, su voz, su caminar, sus manos, su inteligencia, todo, su profesión, su trabajo, para la gloria de Dios. Es la cruz, es hacer la voluntad de Dios en la vida.

Rm 12, 1

⁴ Cfr. A. Fliche y V. Martin (coord.), *Historia de la Iglesia*, Vol. XXVII (2), Valencia, 1980, pp. 320-321.

El bautismo, queridos hermanos, nos identifica con esta belleza de nuestro Cristo. Dice el Concilio Vaticano II, hablando precisamente a ustedes, los seglares: “Los bautizados son consagrados por la regeneración y la unción del Espíritu Santo como casa espiritual, como sacerdocio santo para que, por medio de toda la obra del hombre cristiano, ofrezcan sacrificios espirituales y anuncien el poder de Aquel que los llamó de las tinieblas a su admirable luz. Por eso, todos los discípulos de Cristo, perseverando en la oración y alabando juntos a Dios, ofrézcanse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios, y den testimonio por dondequiera de Cristo; y a quienes lo pidan, den también razón de la esperanza de la vida eterna que hay en ellos”. Es una invitación, hermanos, y ojalá que mi palabra encontrara este eco, que yo quisiera fuera el principal de esta mañana: de darle a la vida de todos nosotros, ese sentido divino de la cruz, de abrazarnos con valentía a la cruz de nuestro deber y hacer de nuestras obligaciones, por más rutinarias que sean, no una manera de ganarme la vida, no una condición para ganar un sueldo, no ganar aplausos, todo esto se queda en la tierra; la finalidad de nuestra vida es la gloria de Dios. Por más humilde que sea una vida, esto lo hace grande.

LG 10

1 P 2, 4-10

Hch 2, 42-47

Rm 12, 1

Sin la cruz la vida es un fracaso

Y finalmente, sin la cruz la vida es un fracaso. ¿Qué es no abrazar la cruz? ¿Cuál es el fracaso de la vida? San Pablo, en su segunda lectura de hoy, nos dice que no nos conformemos a este mundo. Eso es botar la cruz: conformarse a este mundo, vivir según el mundo y no según el Evangelio. El mundo dice que el dinero es la felicidad y Cristo dice: “Bienaventurados los pobres de espíritu”. Cristo dice que hay que perdonar y el mundo dice el adagio pagano: “Ojo por ojo, diente por diente”, venganza, violencia, odio. No acomodarse, pues, al pensamiento del mundo. Porque así podemos ir describiendo, en infinito, dos líneas que cada vez se apartan más: la línea de la conformidad con la voluntad de Dios y la línea de una conformidad con este mundo.

Rm 12, 2

Mt 5, 3

Mt 5, 38-39

Pobrecitos los que cada día hundan más su pensamiento, sus criterios, con las maneras de pensar del mundo. El placer de la carne, el vicio, las drogas, la prostitución, el dinero, el robo, el secuestro. Todo esto son los caminos del mundo. No confor-

Mt 16, 23

méis vuestra vida con el pensamiento del mundo. Y Cristo lo dice de otro modo, cuando le dice a Pedro: “Piensas como los hombres y no piensas como Dios”. Esta es la gran tarea de la evangelización: transformar el pensamiento de los hombres en el pensamiento de Dios. Para mí, esta mañana y este momento es precioso, porque eso es lo que estoy tratando de hacer: transformar la mentalidad en el pensamiento de Dios.

Mt 16, 26

Otra frase de Cristo que dice lo mismo: querer salvar la vida, es también botar la cruz. No se puede salvar la vida sin el peligro de perderla para siempre. Por eso el Evangelio termina con esa frase que ha convertido a tantos pecadores y los ha hecho santos: “¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si al fin se pierde su vida?”. Es una leyenda, pero muchos la creen, que hay gente que tiene pacto con el diablo. Y es cuando a una persona le salen bien todas las cosas materiales, dicen que el diablo le ayuda y que después el diablo se cobra esa alma. Digo yo, no es una verdad de fe, pero sí es cierto que para muchos solamente quieren salvar y amontonar las cosas de la vida y las van a perder. Si aun materialmente vemos ¿qué se hacen las grandes herencias? Los herederos, que fácilmente recogen todo aquello y no les ha costado, cómo la botan. Pero, en fin, el dinero también es sagrado cuando se sabe poner al servicio del pensamiento de Dios.

Por eso, queridos hermanos, esto marca la vida también de la Iglesia. Leía al principio el pensamiento del Concilio. Esta Iglesia no es una cosa abstracta, es la composición de nosotros. Nosotros somos la Iglesia. En la medida en que vivamos esta cruz, en esa medida elevamos la Iglesia. Y en la medida en que nos apartemos de esa cruz, los cristianos, en esa medida evacuamos, dejamos sin sentido a toda la Iglesia.

Esta es mi preocupación más grande: de querer construir con Cristo una Iglesia según su corazón. Las otras cosas, lo que ahora voy a seguir diciendo —las noticias, las cosas accidentales que se iluminan con esta Iglesia— son accidentales, pasan, son historia de una semana. Y por eso, yo les suplico que en mi homilía, más que en esa especie de noticiario, que me obliga la misión profética de la Iglesia a iluminar, se fijen más bien en la luz que ilumina, se fijen más bien en el esfuerzo de este pobre pastor en construir una Iglesia según el corazón de Dios. Esta es la afirmación que yo estoy repitiendo y no quisiera que se la confundiera —esta afirmación de lo que es la Iglesia verdadera de la cruz de Cristo— con una especie de oposición política,

con una especie de fantasía para ganar fama o ser oportunista. No. Algo de lo del profeta Jeremías podía ser también mi papel. Me duele, Señor, decir estas cosas; pero si están sucediendo, me obligan a decir los pecados del mundo, para destruirlos como Tú quieres que el pueblo de Dios los destruya.

Vida de la Iglesia

Y así es, queridos hermanos, cómo en este afán de construir la Iglesia y de iluminar la realidad, que les invito a que nos alegremos en esta semana con el nuevo Papa que la Providencia nos ha dado. Y aquí quiero agradecer y felicitar a los medios de comunicación social: cómo ayuda cuando de veras —como les acaba de decir el Papa— sirven a la bondad y a la verdad. Gracias a la prensa, a la televisión y a la radio, el mundo entero conoce el carácter bondadoso, el espíritu eclesial, el verdadero corazón de pastor del papa actual, Juan Pablo I. Dentro de una hora, más o menos, y ustedes lo podrán ver por la televisión, a las diez menos diez —tienen tiempo, no se preocupen— van a poder ir a ver la coronación. El Papa no quiere que se llame coronación. Este es uno de los rasgos más simpáticos. Un hombre que ha roto tradiciones de siglos, para presentarse humilde. Hay muchas tiaras en el Vaticano, hay muchas sillas gestatorias también; y él dice: “No, no las vamos a usar, voy a entrar con el pueblo, caminando como un peregrino de esta tierra y no la llamaremos coronación a la ceremonia, será la misa del obispo del mundo que celebra con su pueblo la primera eucaristía para consagrar a Dios su trabajo”. ¡Qué bello rasgo!

Su primer mensaje al mundo⁵ instó por establecer un orden social con más justicia, una paz más estable, una cooperación más sincera. Ya confirmó también la reunión de Puebla. A los periodistas, les dice que trabajen con amor por la verdad, tengan respeto por la dignidad humana, se concentren menos en lo trivial y más en los asuntos esenciales⁶. Miren qué luz más hermosa y más oportuna. En su reunión con los diplomáticos, el Papa también perfila la misión de la Iglesia y su relación con los go-

⁵ Cfr. Primer mensaje de Juan Pablo I a la Iglesia y al mundo (27 de agosto de 1978), *L'Osservatore Romano*, 3 de septiembre de 1978.

⁶ Cfr. Encuentro de Juan Pablo I con los periodistas (1 de septiembre de 1978), *L'Osservatore Romano*, 10 de septiembre de 1978.

biernos: siempre evangelizadora, siempre en la línea de Jesús, siempre la Iglesia de la cruz. Y recalcó que la Iglesia va a contribuir en la formación de conciencias y de amplia opinión pública con respeto a los principios fundamentales que garantizan la auténtica civilización y la verdadera fraternidad entre los pueblos⁷.

Me alegro yo, de veras, al ver al actual pontífice caminando por los caminos de Juan XXIII, de Pablo VI. No estaban desviados los Papas anteriores; estaban caminando bien y él seguirá caminando en ese caminar. Desviaciones siempre las ha habido y es trabajo de todos también enderezarlas; pero el camino esencial de la Iglesia, trazado por el Papa, vemos por dónde va y, gracias a Dios, nos encontramos con el Papa caminando en el mismo camino. ¡Bendito sea Dios!

Quiero agradecer la acogida entusiasta que el pueblo de Dios —y también el no pueblo de Dios— ha dado a la carta pastoral que escribimos con monseñor Rivera, que tiene por título: “Relaciones entre la Iglesia y las organizaciones políticas populares”. Es una invitación a reflexionar. Son temas nuevos, no podemos decir una palabra autoritaria. Tenemos que invitar a la reflexión bajo la luz del Evangelio, en un diálogo, como dice Pablo VI en la *Octogesima adveniens*.

OA 40

Al mismo tiempo que nuestra carta pastoral, otros cuatro obispos publicaron otra declaración sobre el mismo tema, pero con un enfoque distinto⁸. Como esta declaración de los cuatro obispos⁹ ha sido presentada por los medios de difusión¹⁰ como una declaración del episcopado de El Salvador, nuestra secretaría de medios de comunicación social se apresuró a precisar que no ha sido el episcopado el que firmó el pronunciamiento, sino algunos obispos de la conferencia episcopal, y ofreció un amplio resumen de la carta pastoral de los otros dos obispos¹¹.

⁷ Cfr. Alocución del Santo Padre al cuerpo diplomático acreditado en la Santa Sede (31 de agosto de 1978), *L'Osservatore Romano*, 10 de septiembre de 1978.

⁸ Declaración del episcopado de El Salvador sobre algunas organizaciones políticas populares (28 de agosto de 1978), *ECA* 359 (1978), pp. 774-775.

⁹ La declaración fue firmada por monseñor Pedro Arnoldo Aparicio, monseñor Benjamín Barrera, monseñor José Eduardo Álvarez y monseñor Marco René Revelo.

¹⁰ Cfr. “Obispos previenen contra agrupaciones FECCAS-UTC”, *El Diario de Hoy*, 29 de agosto de 1978.

¹¹ Cfr. Boletín n.º 44 de la Secretaría de Comunicación Social del Arzobispado de San Salvador, *Orientación*, 3 de septiembre de 1978.

Efectivamente, por encargo de la Santa Sede, se trató en la conferencia episcopal la conveniencia de declarar que FECCAS y UTC no son organizaciones de la Iglesia, y eso lo he venido repitiendo yo en mis homilias y queda muy claro también en la carta pastoral. Pero la redacción del pronunciamiento, que evidentemente dice más de lo convenido, fue una redacción firmada solo por los cuatro obispos, sin haberla llevado a una discusión de plenario, como era lo correcto, antes de firmarla. Por ese grave defecto de procedimiento, que cualquier cuerpo colegiado puede advertir, ese documento no puede atribuirse la colegialidad del episcopado de El Salvador. Lamentablemente, nuestra aclaración fue tergiversada o mutilada o silenciada en los medios de comunicación social, habiendo creado así más confusión y negado ese servicio de la verdad y de la información que les acaba de pedir el mismo Papa. Yo lamento y pido perdón, como solidario con la jerarquía de El Salvador, por este mal testimonio que le hace juego a los enemigos de la Iglesia. Y yo quiero suplicar encarecidamente, a mis queridos sacerdotes y a las comunidades de la arquidiócesis, recoger con madurez de criterio lo bueno que puede haber en las dos publicaciones y no fomentar comentarios que abran más nuestras divisiones. El pueblo tiene un gran instinto que le da el Espíritu Santo y que Cristo lo dijo con aquellas bellas palabras: “Las ovejas conocen la voz del pastor que las ama y que está dispuesto a dar su vida por ellas”.

Jn 10, 14-15

Agradezco la entusiasta acogida que va teniendo esta carta pastoral, cuya primera edición se agotó antes de lo esperado. Pero la próxima semana tendremos ya una edición más numerosa y el periódico *Orientación* la publicará entera. Les quiero recordar que no pido tanto una lectura, sino un estudio, una reflexión en comunidad, en grupo, y que me transmitan sus reacciones, sus comentarios, sus críticas también. Nuestra emisora YSAX ya ha estado haciendo unos comentarios muy interesantes.

Esta Iglesia de la cruz está cumpliendo también hoy diez años en su labor benéfica de la Fundación Salvadoreña de Desarrollo y Vivienda Mínima. Al padre Ibáñez y a todos sus colaboradores, vaya una felicitación y una plegaria desde nuestra misa de la diócesis.

Quiero felicitar también y llamar a la cooperación, por la iniciativa que los párrocos de la Vicaría de La Asunción —que comprende las parroquias Flor Blanca, San José de la Montaña,

San Benito, Colonia Roma, Corazón de María, Cristo Redentor, La Ceiba— están llevando a cabo para organizar mejor la administración de los sacramentos con un sentido más cristiano, y también para fomentar la formación de la fe en un instituto de teología que va a organizarse en aquella vicaría.

También me alegro con la comunidad de la Vicaría de Chalatenango, porque sus religiosas que trabajan en aquel departamento —carmelitas misioneras, betlemitas, de La Asunción, guadalupanas, Oblatas al Divino Amor, Oblatas al Sagrado Corazón— tuvieron dos días de evaluación de su trabajo y dieron un respaldo muy bueno a su vicario episcopal, el padre Fabián Amaya, defendiéndolo de la tendencia y de la calumnia; cómo quisieron hacerlo cómplice de actividades sediciosas. El padre Fabián —dicen las religiosas— está trabajando plenamente en lo pastoral y son testigos, testigos, todas las comunidades de aquel departamento.

También en la colonia de Ayutuxtepeque, celebramos la misa de desagravio por el robo sacrílego que allá se perpetró.

Un grupo de jóvenes del Instituto Ricaldone me dio una alegría inmensa, cuando llegó al arzobispado diciendo que iban en “peregrinación al obispo”. Me sorprendió la expresión, pero sin embargo me ha hecho reflexionar mucho. Peregrinar a un lugar es ir a encontrar allí fortaleza, unidad, fe. Y sentí yo que recobraba esta responsabilidad del obispo, al que peregrina toda la diócesis, porque él tiene que ser el centro que ilumina esta unidad, esta verdad. Yo les agradezco, pues, por esta significativa visita que expresa un cariño que es mucho más grande que ese grupito de jóvenes del Ricaldone.

También agradezco a la Legión de María que se presentó a ofrecer sus servicios al pensamiento de la jerarquía.

Y me alegro con la comunidad de Ateos, donde va a ser la sede parroquial de Tepecoyo y Sacacoyo, donde ayer celebramos una eucaristía para inaugurar esta nueva iniciativa pastoral.

Me dio mucho gusto también, y es gloria de esta Iglesia de la cruz y de la Pascua, la comunidad de San Ramón, en Cojutepeque, cerca de Cojutepeque, donde las hermanas carmelitas de Santa Teresa están fomentando una comunidad muy viva. Fue muy impresionante el momento de la ofrenda, exhibiendo la fertilidad de aquella tierra, trayendo frutas, hortalizas, cereales, etcétera, para darle gracias al Señor. Saludo, de paso, a la madre

general de las carmelitas de Santa Teresa, que se encuentra en El Salvador en estos días, visitando las comunidades de su congregación.

Queremos unirnos también al dolor del padre Eduardo Orellana, por la muerte de quien hizo las veces de mamá en su vida.

También recordamos con cariño, en el cuarto mes de su muerte, a un amigo de San Miguel, don Carlos García Prieto, por quien pido también hoy una plegaria.

En el cumpleaños del padre Pedraz, ayer, quise felicitar no solo a él, sino a todo el personal de YSAX, que está prestándonos tan maravilloso servicio a la difusión del pensamiento de nuestra Iglesia.

Quiero avisar, a los sacerdotes y a todas las comunidades, que el próximo martes a las 12:15, al mediodía, vamos a concelebrar. Voy a tener la dicha de presidir a mis queridos sacerdotes la concelebración por el nuevo Papa. Ojalá que las comunidades se hagan presentes para expresar, aquí en catedral, la solidaridad que ya le expresamos por un telegrama de la arquidiócesis a Juan Pablo I.

Porque la reunión del clero será el martes a las 9:00 de la mañana, como también la reunión de religiosas será el día siguiente, y las encargadas avisan que procuren estar a las 8:30 en *Domus Marie* el miércoles 6, las religiosas; y los sacerdotes, el martes 5 a las 9:00.

Hechos de la semana

Quiero decirles, también, que hemos tenido una información, ya todos la saben, pues, la libertad del señor Monedero¹². Nos alegramos y lo felicitamos. Y al mismo tiempo informo —como miembro de la comisión encargada de distribuir el dinero que dio su familia para los que señalaron los captores del señor Monedero— que están terminándose ya los detalles para proceder, posiblemente esta semana, al reparto justo de ese dinero. Y quiero pedir al gobierno garantías para que las familias que se vean beneficiadas no vayan a sufrir represalias, como muchas han manifestado sus temores.

¹² Armando Tomás Monedero fue liberado el 1 de septiembre de 1978. *Cfr. El Mundo*, 1 de septiembre de 1978.

También quiero denunciar que dos señoritas, que en mi nombre andaban repartiendo ropa y alimentos a familias campesinas, fueron víctimas, fueron capturadas y llevadas por la Guardia Nacional y les preguntaban por el dinero. Es peligroso, pues, que este dinero, que la familia Monedero destina según las exigencias del grupo captor del señor Monedero, vaya a sufrir una interferencia. Ayúdennos, por favor, para que llegue a su destino.

También queremos bendecir y pedir a Dios por los treinta y cinco trabajadores que salieron para Arabia Saudita esta semana y que pronto van a completarse con quinientos. Solamente nos dice esto, pues, cómo es triste tener que dejar la patria, porque en la patria no hay un orden justo donde puedan encontrar trabajo. Si este emigrar fuera más definitivo, hemos dicho que sería una gran solución para nuestro problema demográfico.

Hubo una inspección de la policía judicial al edificio del Centro Universitario Católico y se incautaron apuntes personales del padre Juan Deplancke, que está ausente del país.

Ha habido muchos traslados de procesados por la Ley de Defensa y Garantía del Orden Público, por orden superior, de unas cárceles a otras. Esta anomalía trae mucho malestar a las familias, sobre todo cuando no se les informa o se les hace casi ignorar el paradero de sus familiares. Es aquí donde yo pedía pues, respetuosamente, al Ministerio de Justicia, encargado de las cárceles, poner más orden, según los reglamentos, a estas anomalías.

En el cantón Los Mogotes, de Tacachico, capturan en su cama de enfermo a Martín Cartagena Sánchez, lo golpean y lo llevan a rumbo desconocido.

Sigue el misterio de Salvador Alejandro Beltrán Peña, a quien su mamá sabe que está en la policía con una clavícula rota. Ella pide misericordia para su hijo, una información para ella.

Fíjense en la *Orientación* de este domingo, un estudio que se presenta para desenmascarar la calumnia que pretendió implicar al padre Fabián Amaya y al padre Rafael Barahona y al bachiller Morales en actividades sediciosas, y podrán ver allí, por ese ejemplo, cómo se montan aparatos para desprestigiar a las personas¹³.

¹³ Cfr. "Nueva calumnia en contra de la Iglesia y de un bachiller", *Orientación*, 3 de septiembre de 1978.

También lamentamos al atropello que, en Talnique, hizo la Guardia Nacional a la niña Elvira Fuentes y a sus hijos, buscando dos catequistas; y al encontrar la Biblia y dos textos de Medellín, se los incautaron y dijeron que era el cuerpo del delito. “Ojalá —decían los que me comentaban— la Biblia y los documentos de la Iglesia en América Latina los hagan pensar de lo injusto que están procediendo”.

En el campo laboral, también lamentamos: Sindicato de Trabajadores de Industrias Mecánicas y Metálicas de El Salvador denuncian anomalías de la parte patronal en las empresas CORINCA, CONELCA, Arco Ingenieros y Corcho y Lata; y el sindicato de la fábrica INCA de Santa Ana ha quedado ya aniquilado, en tres meses de despedir obreros sindicalizados, y ayer mataron al último que quedaba, Guillermo Rivas González, con su compañero Julio Padilla, allá cerca de la plaza Colón de Santa Ana. ¡Más sangre! Y con la captura de Rolando Walter Ramírez Leiva, secretario también de sindicatos de la empresa INDECA, estamos viendo cómo este derecho de agrupación, que tratamos de defender con el pensamiento de la Iglesia en nuestra carta pastoral, se está privando cada día más; un atropello, pues, al derecho que todo hombre tiene de agruparse para defender sus justas demandas y derechos.

Queremos pedirles también una oración y un apoyo moral también al pueblo de Nicaragua, para que en este enfrentamiento tan peligroso y tan sangriento no vaya a terminar en más baños de sangre¹⁴.

Nos alegramos de que el Gobierno de El Salvador contribuyó a restablecer las relaciones entre Panamá y Guatemala; y ojalá lo que ha logrado con otros países, lo logre también en su protagonismo con Honduras¹⁵. Ya es suficiente tanto tiempo de una ruptura sin sentido.

Y esta es, queridos hermanos, la Iglesia de la cruz. La Iglesia que dice el Concilio: “Como esta misión continúa y se desarrolla en el decurso de la historia la misión del propio Cristo, que

AG 5

¹⁴ El 22 de agosto de 1978, un comando del Frente Sandinista de Liberación Nacional, dirigido por el “Comandante Cero”, se tomó el Palacio Nacional de Managua. Una semana después, fue convocada una huelga general y hubo enfrentamientos en las principales ciudades del Nicaragua.

¹⁵ Desde la guerra de “las cien horas”, en 1969, El Salvador y Honduras habían roto sus relaciones diplomáticas.

Col 1, 24

fue enviado a evangelizar a los pobres, la Iglesia, a impulsos del Espíritu Santo, debe caminar por el mismo sendero que Cristo, es decir, por el sendero de la pobreza, la obediencia, el servicio y la inmolación propia hasta la muerte, de la que surgió victorioso por su resurrección. Porque así caminaron en la esperanza todos los apóstoles, que con múltiples tribulaciones y sufrimientos completaron lo que falta a la pasión de Cristo, en provecho de su cuerpo, que es la Iglesia. Muchas veces fue también semilla la sangre de los cristianos¹⁶. Hemos hablado, pues, de la Iglesia de la cruz, de esa cruz que da sentido a la vida, y sin la cruz no tiene más que fracasos la vida.

Queridos hermanos, vamos ahora a celebrar en la eucaristía el recuerdo vivo de esa cruz de Cristo, identifiquémonos con ella y salgamos de esta misa de la catedral o de las comunidades donde hemos estado reflexionando con el obispo, la fortaleza para seguir siendo dignos de la cruz del Señor. Así sea*.

¹⁶ Tertuliano, *Apologeticum* 50, 13: PL 1, 534.